

enfrentan siempre con reglas rígidas. Sobre todo en la tradición del cuento clásico, a la manera de Hemingway o de Borges, relatos de cinco mil palabras, donde todo es elíptico y muy concentrado. En cuanto a las imperfecciones, me parece que así encontramos la voz propia. Lo que cualquiera puede corregir, eso es el estilo. Sabemos que Onetti usa demasiados gerundios, que la conclusión de las frases por momentos es incierta, los pronombres no siempre están bien definidos, que suele usar más adjetivos abstractos de los que uno desearía, pero esa suma de imperfecciones, esa persistencia en el error –digamos así– convierten su escritura en algo único y su prosa en un gran acontecimiento de la lengua. No es sólo por eso que escribe como escribe, pero es también por eso.

– *Decía Cortázar que «Un cuento es como andar en bicicleta, mientras se mantiene la velocidad el equilibrio es muy fácil, pero si se empieza a perder velocidad ahí te caes...» ¿Se plantea usted a priori algunas reglas o normas esenciales que cumplir?*

– La velocidad del relato, la marcha, es esencial. La clave para mí es el tono, cierta música de la prosa, que hace avanzar la historia y la define. Cuando ese tono no está, no hay nada. Ahí se juega toda la diferencia entre redactar y escribir.

– *¿El hecho de ser un escritor argentino y, entre otras cosas, autor de cuentos ¿le obliga de alguna forma a escribir «contra» Borges o «contra» Cortázar para no parecerse a ellos? ¿Pesa demasiado su legado?*

– Más bien nos ayudó a todos. Cuando empezamos a escribir, el hecho de que existieran Cortázar o Silvina Ocampo o Enrique Wernicke, daba una medida de lo que se podía hacer con el cuento y hasta donde se podía llegar con esa forma, considerada menor. A la vez creaban un espacio que hacía posible -o relativamente posible- para un escritor inédito publicar un libro de cuentos. Y esa fue la experiencia de los escritores de mi generación. Miguel Briante, Hebe Uhart, Jorge Di Paola, Juan José Saer, todos empezamos publicando libro de cuentos.

**«Borges es el mejor escritor argentino...
del siglo XIX y Macedonio Fernández
del XX.»**

– «Borges es el mejor escritor argentino... del siglo XIX», lo dice su alter ego, Emilio Renzi. Pero ¿cuáles son para Piglia los mejores escritores argentinos del XX? ¿y los del XXI? ¿Le interesa lo que están haciendo sus contemporáneos?

– Fue un chiste de Renzi, y como todos los chistes, dice algo cierto. Mi idea de los mejores escritores –vamos a llamarlos así– ha ido cambiando con el tiempo. Si estuviera obligado a contestar esa pregunta diría que hoy –jueves 29 de marzo de 2007– pienso que Macedonio Fernández es el mejor escritor argentino del siglo XX y que Sarmiento es el mejor del siglo XIX. Pero esa sinécdoque y esa jerarquía presidencial deben ser entendidas desde luego como un chiste (que no hubiera alegrado a ninguno de los dos difuntos).

– ¿Qué cuento o cuentos le hubiera gustado firmar?

– A ver, lo contesto con los cuentos que tengo por aquí, a mano. Uno podría ser «Dry September» de Faulkner. Otro, «Viaggio di Noce» de Pavese. También «Un nido de gorriones en un toldo» de Cabrera Infante, «Informe para John Howell» de Cortázar, «El infierno tan temido», de Onetti, «In the Cage», de Henry James «Gutural» de Estela do Santos, «Babilonia Revisited» de Fitzgerald. Y sobre todo, «The Snow of Kilimanjaro» de Hemingway (ese relato sí que me hubiera gustado escribirlo).

– Algunos de sus cuentos favoritos, como «Las actas del juicio» o «Mata Hari 55» están inspirados en hechos reales –en un caso, el asesinato del general Urquiza, un caudillo federal del siglo XIX; y, en el otro, las actividades clandestinas de los «comandos civiles» que participaron en la revolución que derrocó a Perón en 1955–. También se ha servido en ocasiones de la pura ficción para narrar la historia de su país, como en «Respiración Artificial» ¿Cómo afronta en la escritura esa tensión entre ficción y realidad? ¿Le resulta fácil trabajar sobre hechos históricos?

– Siempre trabajé sobre esa tensión. En general parto de un hecho real que a veces al final ni siquiera aparece en el relato o se transforma en otra cosa, pero es muy importante para mí tener

«Siempre parto de la tensión entre ficción y realidad. Pero tener un punto de partida real no resuelve las cosas»

ese punto de anclaje. Ahora, por ejemplo, estoy escribiendo una historia policial, ambientada en un pueblo de la provincia de Buenos Aires, en el que pasé parte de mi infancia. Ese pueblo tan familiar para mí, es el ámbito que hace posible el relato. Pero no siempre tener un punto de partida real resuelve las cosas. Desde hace años intento escribir un relato que sea la reconstrucción de una batalla, que fue muy importante en la historia argentina del siglo XIX y que conozco muy bien, pero no termino de encontrarle la vuelta. Me gustaría que el relato captara el movimiento, parecido al de un río que se desborda, de la caballería entrerriana que avanza sobre el núcleo de hierro de la artillería enemiga emplazada en la bajada de la llanura. Esa es la imagen real, el hecho histórico, digamos así, que intento narrar. Del mismo modo, el relato policial que estoy escribiendo sólo puede suceder en ese pueblo de la provincia de Buenos Aires, aunque nada de lo que cuento haya sucedido ahí.

– *Usted vive en Estados Unidos da clases en Princeton ¿Se percibe de forma diferente la realidad política argentina desde el extranjero?*

– Bueno, la realidad cambia cuando no hay sobreentendidos, ni supuestos, ni se tiene la experiencia directa, todo se vuelve más nítido, y parece más claro, pero eso no quiere decir que se entienda mejor. Estoy enseñando un curso sobre Sarmiento, sobre *Facundo* en realidad, y supongo –o imagino– que ese libro es el que verdaderamente me mantiene cerca de la realidad política argentina.

– *¿Qué opina de la cercanía de Kirchner a mandatarios como Chavez o Evo Morales? ¿Comparte la idea de que es necesario que los países latinoamericanos se unan frente al gigante estadounidense?*

– Todo el que se enfrenta con los Estados Unidos, y más que nunca en estos tiempos, es visto con simpatía en América Latina. Las críticas que antes eran exclusivas de la izquierda se han gene-

«Todo el que se enfrenta con los Estados Unidos, y más que nunca en estos tiempos, es visto con simpatía en América Latina»

realizado y casi nadie que sea honesto duda hoy de que el estado norteamericano tiene una política criminal. En los años de la hegemonía neo-liberal, Estados Unidos era presentado como el modelo ideal al que se debía imitar si se quería acceder al llamado primer mundo. Hoy, distintos países latinoamericanos (Chile, Brasil, Venezuela, Bolivia, la Argentina entre otros) están buscando su propio camino. La idea de la unidad de América Latina es una aspiración legítima que nació con las luchas de la independencia. Pero al mismo tiempo cada vez está más claro que América Latina -como lo han planteado Darcy Ribeiro o Edouard Glissant-, antes que un conjunto de naciones, es una articulación de áreas culturales muy diferenciadas -el Caribe, la zona andina, el Río de la Plata, para nombrar sólo algunas-. Y que cada una de esas regiones tiene sus propias tradiciones y su propia historia más allá de las fronteras estatales. Podríamos imaginar un futuro en el que esas zonas, relativamente autónomas, establecen conexiones y redes a partir de sus diferencias culturales. Pero como todas las utopías se trata en realidad de un modo de pensar el presente.

– *¿Qué le parece que al final las elecciones en Argentina se reduzcan a elegir entre dos candidatos peronistas?*

– Lo raro sería lo contrario. Desde 1945, es decir, desde hace más de medio siglo, en la Argentina todos los presidentes que gobernaron sin ser peronistas (Frondizi, Illía, Alfonsín, De La Rúa) no pudieron terminar su mandato. Por otro lado ha sido imposible -para la derecha y para izquierda- constituir un partido político o un movimiento que fuera una alternativa frente al peronismo. Luego de que los militares han dejado de ser vistos como una solución dictatorial a ese dilema, parece haber desaparecido la posibilidad de un afuera del peronismo. Como si el peronismo igual que el mundo de Tlön en el cuento de Borges, se hubiera superpuesto con la realidad. Y hablado de eso, alguna vez habrá que estudiar la presencia del peronismo en el concepto borgiano de realidad. Borges decía que los peronistas eran incorregibles y

**«En Argentina ha desaparecido
la posibilidad de un afuera
del peronismo»**